

**Escrito por: Anonymous**

**Resumen:**

Tarde de sexo con dos maduras bien rellenas.

**Relato:**

## SEXO CON MADURAS

Hola a todos.

En esta ocasión voy a contar lo que paso la noche que mi amigo Juan y yo conseguimos enrollarnos con dos señoras maduras, Charo y Queti, de cincuenta y pocos años cada una, casadas y con hijos mayores, pero que, por las circunstancias que fueran no estaban sexualmente nada satisfechas.

Tanto una como otra eran guapas para reventar y a pesar de que ya no eran ningunas jovencitas, estaba muy pero que muy apetitosas.

Las dos eran rubias de bote y solian ir bastante maquilladas, y con los labios muy pintados de rojo chillón.

En cuanto a sus cuerpos, aunque estaban bastante rellenas, la verdad era que todavia estaban para comerselas. Tenian tetas y culo para llenar un estadio, y como solian llevar la ropa un tanto ajustada, las abundantisimas molas de carne que tenian se les notaban una barbaridad.

Con todos estos encantos que os he dicho que tenian, mi amigo y yo, que por aquella época eramos unos pipiolos, estabamos totalmente encoñados con aquellas dos señoras y nos pasabamos la mayor parte del dia hablando de ellas, de lo buenisimas que estaban, de lo que nos gustaria acostarnos con las dos, pero ni por un momento pensabamos que aquellas magnificas jacas, que eran la admiracion de todo el barrio por lo jamonas que estaban, pudiesen acabar mentiendo con nosotros en la cama y dejando que le hicieramos todo lo que nos diera la gana. Al final siempre acabábamos yéndonos cada uno a su casa, mentiendo en nuestras camas y haciéndonos unas buenas pajas en su honor.

Esta historia ocurrio hace ya algunos años, pero cuando alguna que otra vez nos reunimos, siempre nos acordamos del tema, de cómo conseguimos ligarnoslas y todavia yo acabo empalmadisimo de pensar en aquel par de jamonas.

En más de una ocasión nos habiamos pasados tardes enteras montado autenticas orgias en sus casas hasta acabar reventados de cansancio y con nuestras pollas y sus chochos rojos y escocidos despues de haber estado horas y horas haciendoles el amor a aquellas dos preciosas mujeres sin parar.

Cuando llegabamos nos encontrabamos a las dos marujonas perfectamente peinadas y perfumadas y tan exageradamente pintadas y maquilladas que en lugar de respetables amas de casa metiditas en carnes, parecian autenticas fulanas callejeras preparadas para hacer su trabajo en la calle.

A nosotros nos encantaba que estuvieran disfrazadas de putonas pues nos excitaba muchisimo verlas asi.

Enseguida empezabamos con las bromas picantes y casi siempre

era Queti la que le decia a su amiga: “ Estos chicos me parece que lo quieren es ponerse a jugar con nosotras a los medicos para hacernos muchas guarrerias en los chochitos”.

Todos le reimos la gracia, y enseguida nos encerrabamos con aquellas dos preciosidades en sus dormitorios de matrimonio revolcandonos con ellas en la cama y gozando de sus magnificas carnes hasta quedar pero que muy, muy, bien satisfechos despues de hartarnos de disfrutar durante muchas horas de sus muchisimos encantos.

Haciamos con ellas las cosas más guarras que se nos ocurrian tanto a unos como a otros, y que conste que ellas no se quedaban atrás a la hora de inventar cochinas para darnos placer.

Estabamos los cuatro liados toda la tarde hasta que, desgraciadamente para todos, llegaba la maldita hora que sus maridos estaban a punto de volver del trabajo y, sin ninguna gana por parte de nosotros, las jamonas nos obligaban a sacarles las pollas de sus hinchadisimos chochos para que los cornudos no nos pillaran follando noslas.

Lo primero que empezabamos a hacer cuando ya habiamos entrado los cuatro en el dormitorio y habiamos cerrado la puerta por dentro, era abrazar cada uno a su mujerona por la cintura y, mientras que le dabamos pequeños piquitos en los labios sacando la punta de la lengua, les ibamos acariciando suavemente los enormes cachetes de sus culazos por encima de las faldas. ¡ Dios, que macizas estaban !

Disimuladamente nos poniamos a empujarlas con nuestros miembros entre sus piernas, lentamente, despacio, con suavidad.

De esta manera conseguiamos acercar a las dos marujonas a la cama de matrimonio haciendo que sus piernas rozaran con el borde. Entonces, sin soltarlas, las zancadilleabamos metiendoles los pies entre sus altos zapatos de tacones y las empujamos un poco solamente, para que de esa manera cayeran suavemente sobre las sábanas de la cama y por supuesto nosotros encima de ellas abrazandolas fuertemente y pegados a sus cuerpazos como lapas.

Al perder el equilibrio, las macizas, se abrian de piernas y normalmente se les subia algo el vestido haciendo que, al remangarsele por las piernas, se le quedaran buena parte de sus rollizos muslamenes al aire, asi que yo aprovechaba para meterle a la mia las dos manos por debajo de la falda y agarrarle bien agarrado tanto los muslos como el culo.

Al caer en la cama sobre ellas teniendolas tan bien agarradas, nos comportabamos como verdaderos potros desbocados.

Tanto Juan como yo estabamos deseando gozar al máximo de nuestras magnificas hembras, asi que sin perder un momento, las abrazabamos, nos apretabamos contra ellas, las besabamos en los labios y en el cuello y nos revolcamos en la cama una y otra vez.

Estabamos los dos con las piernas bien abiertas apretandoles los muslos, asi que, sin ningún disimulo, les restregabamos nuestros miembros, aún tapados, por la parte de la falda que les cubria el chocho.

De esta manera, riendonos como niños, pegados a mas no poder y disfrutando como enanos, nos retorciamos las dos parejas en la cama dispuestos a gozar lo más que pudieramos.

Enseguida nos poniamos a disfrutar manoseando a las jamonas

metiendoles mano por arriba y por abajo y nos dabamos un buen lotazo con las muchisimas carnazas que tenian en sus cuerpos.

Las dos marujas iban perfectammente enfajadas, pero las mollas que tenian eran afortunadamente tantas, que sus deliciosas carnes se les notaban por todas partes, especialmente por las caderas y por el culo.

Las dos tenian sus culazos muy, pero que muy gordos y respingones. Aunque ya no eran ningunas jovencitas todavia los tenian bien empinados hacia arriba, gordos, carnosos y siempre pidiendo guerra. Tanto era asi, que a veces daba la impresion que iban a estallarles los ajustados vestidos que llevaban.

Cuando caiamos sobre la cama los cuatro estabamos muy contentos, se notaba perfectamente lo mucho que desabamos pasar una buena tarde de sexo sin importarnos demasiado que nos oyeran los vecinos.

Cuando nos reuniamos en casa de Charo, a ella siempre le daba un poco de corte que fueros demasiado escandalosos.

En el momento final, cuando las teniamos abiertas de patas debajo de nosotros, con sus enormes chochazos bien empalados por nuestras pollas y las estabamos culendo con todas nuestras fuerza, en el mejor momento, cuando ya empezabamos a corrernos y a soltarles chigates de leche en lo mas profundo de sus chochos, la rubia nos tapaba la boca para que no pudieramos jadear con fuerza.

Charo nos decia que sus vecinas, que eran muy cotillas, seguro que lo estaban oyendo todo y se estaban enterando de que estaban metidas en la cama follando con otros tios y poniendole un buen par de cuernos a sus ingenuos maridos.

Recuerdo que una tarde que fuimos a casa de Charo su vecina de enfrente estaba descaradamente apoyada en la puerta de su piso charlando con ella y al verla casi me da un infarto de lo buenisima que estaba. La gachi era otra rubia madurita como Charo, muy guapa y muy maciza y se la notaba con ganas de rollo.

La tia iba vestida de andar por casa, como si acabara de salir de la ducha, pero asi y todo estaba para comersela. Tan solo llevaba puesto un cortisimo albornoz malamente anudado a su cintura y que dejaba que se le vieran perfectamente sus macizas pienes, sus muslos y las parte baja de las curvas de sus nalgas. Tambien se le veia muy bien el enorme canalillo del pecho que hacia adivinar que tenia un buen par de tetas. Ademàs, llevaba unas zapatillas de tacòn que la hacian parecer mäs alta y jaquetona y una coqueta felpa sujetandole el pelo.

Por las miradas tan curiosas que me estaba echando yo creo que la tia no tenia la menor duda de que yo a lo que iba esa tarde a casa de su vecina, era a meterme en la cama con ella y a follarmela bien follada.

Mi jamona me la presento y yo, en lugar de saludarla desde lejos, me acerque a ella, la agarré pasandole un brazo por la espalda, la aprete contra mi pecho y le di un par de besos en las mejilla.

Tambien le pegue todo el paquete a su entrepierna y, con la mano que tenia libre, le levante un poco el cortisimo albornoz por detras y le plante toda la mano en el culo llegando incluso a meterle varios dedos por la raja.

La tia se quedo un poco sorprendida por mi atrevimiento, pero

enseguida relajo los gluteos para que el tocamiento de su raja fuera lo más completo posible, así que yo aproveche y le acaricie, además del culo, la raja del coño. Lo tenía totalmente rodeado por una densa pelambreira.

Torpedamente balbuceo unas disculpas pidiendo perdón por no estar vestida más presentable, pero yo, mientras removía mi mano entre los cachetes de sus nalgas, le conteste que en mi vida había visto una mujer que estuviera más presentable que ella.

La verdad era que me entraron unas ganas enormes de decirle que se viniera a casa de Charo y se metiera en la cama con nosotros. Estaba seguro que follando sería una auténtica fiera y me habría encantado hacer un trío esa tarde con las dos jamonas, pero no lo había consultado con Charo, además me parece que había mal rollo entre ellas, porque luego que comenté que no le había hecho gracia que le tocara el chocho a la vecina.

Queti, la amiga de Charo, siempre le decía que no le importara tanto que nos oyeran las vecinas, que lo que realmente les pasaba era que se morían de envidia por no ser ellas las que estaban liadas con nosotros.

Una y otra vez, sin dejar de reírnos y entre grititos histéricos de protesta de nuestras marujonas, las volteábamos sobre la cama quedando unas veces ellas encima de nosotros y otras debajo, pero siempre sin dejar de estar pegados nuestros cuerpos a los suyos y procurando los cuatro que nuestros excitadísimo sexos, aunque estábamos vestidos, permanecieran lo más pegados posible para notarlos y sentir el calentón que llevábamos encima.

Entonces las rubias se quejaban un poco y nos decían que parecíamos unos pulpos puesto que cada vez que al revolcarnos las señoras quedaban tumbadas boca arriba con el culo y las patas por alto y con los taconazos medio salidos y apuntando hacia el techo, nosotros a lo tonto a lo tonto aprovechábamos para sobarlas por debajo de las faldas.

De esa forma nos dábamos un buen magreo con sus mallas y de paso les pegábamos unos tremendos besazos de tornillo con lengua y que nos dejaban casi sin respiración.

Para disfrutar al máximo con nuestras mujeres, les agarrábamos las tetas y las apretábamos con nuestros pechos todo lo que podíamos.

Ellas, de cuando en cuando seguían protestando un poco con voz chillona para hacerse las interesantes e incluso a veces nos ponían los codos para que no nos pegáramos tanto. Aquello a nosotros lo que hacía era excitarnos más y más. Nosotros, en el fondo, sabíamos que estaban encantadas de que estuviéramos tan encoñados con ellas y que siempre nos dejaran hacer con sus fabulosos cuerpazos rechonchos de señoras maduras todo lo que a nosotros nos apetecía en cada momento.

Dios, que maravilla de tías, que buenísimas estaban y que resabiadas y picaronas eran las dos.

Cada vez que Charo se descuidaba, yo procuraba meterle la mano por debajo de la falda, para sobarle las piernas, y aunque tenía puesta la faja y las bragas, le agarraba con la mano, le apretaba y le daba pellizquitos con los dedos por la parte de la tela que le tapaba el choquete. De esa forma intentaba poner a mi buenorra cada vez más y más caliente.

La maciza al principio siempre protestaba un poco y se hacia la estrecha diciendome pizpiretamente haciendo morritos con los labios y sonriendo con descaro, que no fuera tan atrevido, que ella era una señora casada muy, pero que muy decente y muy fiel a su marido, asi que, por favor, la respetara un poquito más, aunque bueno, seguian diciendome , tampoco era necesario que la respetara demasiado, solo un poquito.

Yo entonces le desabrochaba la blusa y me ponía encima de ella, con mi pecho sobre su sujetador apretandole otra vez las tetorras y le daba un buen besazo pegando muchísimo nuestros labios y chupandole y lamiendole la lengua para que no pudiera seguir hablando.

De esa forma ella dejaba de moverse e incluso subía un poco el pubis para facilitar mis caricias. Enseguida separaba los muslos y con una de sus manos me cogía la mia y me acompañaba en los tocamientos que le hacia en el chumino.

La realidad era que a Charo se le notaba a leguas que aquellas cosas la volvian loca de gusto y estaba encantada en esa postura, abierta de patas y recibiendo placer en el coño por encima de la faja.

Después nos dedicabamos a desnudarlas poco a poco.

La tarea de desnudarlas no era nada fácil, puesto que las marujonas se ponian forzadamente pudorosas y además nos lo advertian claramente para que no nos creyeramos que eran un par de putones verbeneros.

Nos decian que no se dejaban que las desnudaramos a lo bestia. Por lo visto les gustaba disfrutar de esos momentos previos, asi que aunque sabiamos que las dos eran unas desvergonzadas, había que hacer como si fueran unas estrechas y teniamos que quitarles la ropa poco a poco, con toda la delicadeza del mundo, convenciendolas para poder dar el siguiente paso y con muchísimos mimos y caricias.

Empezabamos primero por quitarle los vestidos, lo que hacia que al ver la cantidad de curvas que tenían, nuestro rabos se pusieran a punto de reventar, nos empalmabamos como autenticos berracos.

Después, se quedaban sentadas las dos con sus gordos culazos enfajados en la cama y nosotros las volviamos a abrazar.

Asi, sin poder dejar de sobarlas ni un solo momento, le acercabamos las bocas a sus oídos y chupeteandole los lóbulos de las orejas, nos poniamos a decirles cosas que sabiamos que les gustaban para que se pusieran bien calientes.

Yo le decía a la mia, mientras le acariciaba sus carnes por todas partes, lo guapa que era, lo buenisima que estaba y lo que me gustaba verla en la cama de aquella manera, medio en pelotas, con el vestido quitado y enseñandome todas las curvas del precioso cuerpazo que tenía.

Luego le hablaba de lo empalmado que estaba por su culpa y que se fijara en lo gordisima que tenía la polla de tan solo pensar en las cosas tan maravillosas que ibamos a hacer los dos cuando en unos momentos juntaramos nuestros sexos.

Tambien le decía como la deseaba, lo encoñado que estaba por ella y lo muchísimo que me gustaba su chochito. Le decía lo grande, lo peludo y lo bonito que lo tenía, y lo que me apetecia acariciarselo para darle gusto, primero con mis dedos y luego metiendole bien metido mi rabo en lo más profundo para estar follando con ella hasta

que los dos nos corrieramos locos de gusto por las patas abajo.

Oyendo estas cosas, Charo se derretia entre mis brazos y se ponía de lo más tierna y melosa que os podais imaginar.

Se notaba que el marido no le decia nunca nada de eso, pues la jamona no hacia más que pegarse a mi, para que la acariciara y no paraba de abrazarme, restregarme sus tetas por mi pecho, acariciarme la espalda y darme muchos besos y chupetones en el cuello.

Yo aprovechaba el momento para hacer lo que estaba deseando hacer. Mientras le pasaba las manos por las espalda, sin que apenas se diera cuenta, le desabrochaba el sujetador y, sacandoselo por delante, la dejaba con sus preciosas domingas al aire.

¡ Vaya par de tetonas que tenia ¡

Eran enormes, algo caidas, pero con unos pezones marrones gordos y salidos que estaban para comerselos.

Cuando las jamonas estaban a cuatro patas, y sus ubres les quedaban colgando, parecían más que tetas autenticos melones.

El siguiente paso consistia en ponernos otra vez a jugar con ellas para quitarles las apretadisimas fajas.

Aquello era lo más difícil de hacer, así que estábamos deseando poder desabrochárselas y quitárselas para que de esa manera quedaran totalmente libres y despendoladas las abundantísimas molas de carne que tenían en sus gigantescos culos, barrigas y muslos.

Quedarse sin sus fajas, siempre les daba a la dos un poco de vergüenza, pero desde luego no era por pudor, ni mucho menos, era porque las dos pensaban que estaban demasiado gordas para enseñarnos todas sus intimidades y por eso se hacían siempre las remolonas a la hora de despojarse de las fajas.

Como podeis imaginar, al cabo de un poco de tiempo insistiendoles, siempre las convenciamos de que estaban buenísimas, y que en realidad solo estaban un poco metiditas en carnes, algo rellenitas y nada más, pero que, para la edad que tenían, sus cuerpazos eran de autentico infarto, cosa que por otra parte era la autentica verdad.

Cuando por fin se dejaban convencer, las abrazabamos por los bajos y empezabamos a olerles, a lamerles y a chupetearles las fajas por todas partes, especialmente por la zona donde tenían el coño y el culo. La verdad era que aquellas prendas intimas desprendían un penetrante olor a los muchos jugos que estaban segregando por sus chochos y daba gusto pegar la nariz a ellas.

Cuando nos hartabamos del lameteo, por fin, se las desabrochabamos y desprendiendo el fuerte olor sexo del que ya os he hablado, se las bajabamos como podiamos por entre los muslos y las piernas y al final se las sacabamos por pies.

Como comprendereis, con toda aquella impresionante exhibición de carnes de tias buenas ante nuestros ojos, tanto Juan como yo estábamos excitados hasta más no poder.

Verlas así de despendoladas, a dos palmos de nuestros ojos, sin las fajas y con las pequeñísimas braguitas que llevaban puesta, era como para volverse locos por ellas.

¡¡¡ Que buenísimas estaban aquellas señoronas !!!

Daba gusto ver como las culonas volvían a sentarse en la cama algo despeinadas y con el maquillaje y el rimel un poco corridos por

los muchos magreos que nos habíamos dado ya con ellas.

Ahora si que, medio en pelotas, parecían dos auténticas fulanas preparadas para hacer su trabajo.

Estaban las dos con sus gordísimas tetas colgando y se les veía perfectamente por debajo de las espaldas sus anchas caderas y el principio de las excitantísimas rajadas de sus enormes culazos. Las tenían levemente tapadas por la parte de arriba de las pequeñas braguitas.

¡¡¡ Menudo lotazo no íbamos a dar con nuestras mujeronas !!!

Nosotros después de mirarlas con descaro por todas partes, nos sentábamos cada uno al lado de la suya y volvíamos a abrazarlas y besarlas fuertemente. Entonces ellas se ponían calentonas, y levantando trabajosamente sus piernas y traseros de la cama con nuestra ayuda, se sentaban de través sobre nuestras piernas poniendo sus muslos y sus culos encima de nuestras pollas para que, de esa manera, nuestros sexos estuvieran más juntos y pudiéramos darnos mejor un buen magreo.

Yo le metía a la mía la mano primero por los pies, las piernas y los muslos, y se los sobaba hasta hartarme.

Empezaba primero sobándole los dedos de los pies por encima de las medias. Lo hacía delicadamente, con toda tranquilidad. Después seguía subiendo mis manos por sus piernas con toda parsimonia hasta llegarle a los muslos.

Aquí me detenía un buen rato amasándoselos, acariciándoselos, metiendo mis manos entre ellos para tocárselos por dentro y así poder disfrutar todo lo que quería de aquellas magníficas carnes.

Por fin mi mano llegaba a su sexo que permanecía cubierto por las bragas.

Enseguida me ponía a mover los dedos por ellas siguiendo el camino de la raja de su coño.

Charo entonces solía abrirse de piernas excitada por las caricias que le hacía en semejante sitio. Suavemente acercaba mi boca a su oído y me ponía a echarle piropos a su chocho. Le susurraba dulcemente lo grande, lo suave y lo bonito que lo tenía, lo mucho que me gustaba apretárselo con mis manos aunque fuera a través de las bragas y el gustazo que pensaba darle en él cuando le metiera luego bien dentro mi polla y nos pusieramos a follar como leones durante horas y horas sin parar.

Cuando veía que la jamona se derretía de gusto entre mis brazos y miraba hacia abajo para ver como se lo acariciaba, yo me agarraba la polla metiendo mi mano derecha por debajo de sus muslos, mientras que con la izquierda la seguía teniendo bien cogida a ella por la cintura.

Enseguida me descapullaba el glande y me ponía a pajearme a un palmo de sus ojos para que contemplara el espectáculo en primer plano.

Entre tanto, le decía a la culona que comprobara lo enormemente grande y gorda que la tenía por su culpa.

Después le pedía que me pajera ella para que me diera placer.

Ella enseguida me obedecía y durante un buen rato estaba acariciándome con sus regordetas manos mientras yo, jadeando de gusto por lo bien que me lo hacía, seguía tocándole a Charo la raja del coño por encima de las bragas.

Después, cuando estaba empalmado a tope, le pedía que me la mamara.

La rubia entonces, solía hacerse la ofendida y cerraba rápidamente sus cálidos muslos dejando mi miembro maravillosamente atrapado entre aquellas deliciosas carnes.

Luego yo, con ella sentada encima, continuaba sobandola por la parte de atrás de las bragas. Se las bajaba todo lo que podía para dejarla con todo el culo al aire y rápidamente me ponía a acariciárselo con gusto.

Le pasaba la yema de los dedos por la raja separando aquellas dos inmensas bolas de carne, le metía la punta del dedo en el culote, y luego, avanzando un poco hacia delante, le tiraba de los pelitos del coño y le acariciaba los labios vaginales mientras que disimuladamente le iba metiendo un dedo dentro de la vagina y empezaba a meterse y sacarse como si me la estuviera follando por detrás.

Cuando le hacía esto, mi rubia se quejaba un poco, pero no porque no le gustara, no. La muy zorra me decía que esperáramos un poco, que todavía era muy pronto para empezar el folleto. Yo, para no enfadarla, quitaba de allí mis dedos y seguía sobándole el majestuoso trasero.

Como ya he contado lo tenía buenísimo, bastante gordo y salido, y lleno de molas blancas de blandas carnes que daba gusto manosear.

Charo se movía entre mis piernas como una gatita en celo buscando la postura más adecuada para tenerlo lo más salido posible y así me facilitaba que con mi mano pudiera sobárselo por todas partes.

De paso, cada vez que se inclinaba hacia delante, me apretaba mucho la polla con el pubis y me daba un gran placer.

Yo la ayudaba empujándole la espalda hacia delante, y haciendo, que de esta manera, su trasero quedara mucho más levantado.

Daba gusto verla en aquella postura tan excitante, con todo el culo en pompa y sobre todo estando como yo estaba, con el rabo tremendamente hinchado y con el glande descapuchado atrapado entre sus muslos, pegado completamente a la cálida humedad de sus bragas y sintiendo perfectamente la rizada pelambreira que la chochona tenía en el pubis y que su prenda más íntima tan malamente podía tapar. Era un auténtico gustazo sentir como aquellos pelos me rozaban una y otra vez el miembro haciendo que yo me pusiera como un auténtico berraco.

Cada vez que Charo se movía, su mata de pelos, y la suave tela de sus mojadísimas bragas llenas de encajes, me rozaban una y otra vez la piel de mi polla haciendo que me volviera loco de gusto.

La culona contraía de vez en cuando los glúteos y los músculos vaginales, para darme más placer. Entonces sus nalgas se llenaban de un buen montón de hoyitos celulíticos que le gustaba que yo le pellizcara y sobara.

Entre tanto la tenía bien abrazada con mi otra mano y le iba diciendo un montón de piropos al oído sobre lo gordo y bonito que tenía el pompi, lo que a mí me gustaba acariciárselo y las ganas tan enormes que tenía de meterle la polla por el ojete y follárselo bien follado hasta más no poder.



Cuando me hartaba de sobarselo, la incorporaba hacia arriba y le volvía a meter la mano por delante, entre sus muslos. Ella, curiosa miraba hacia abajo y, entre risas picaronas, se abría de piernas para ver lo que le hacía.

Como tenía las bragas puestas, le separaba el elástico y le toqueteaba en sus bajos por dentro de ellas, le volvía a tirar de los pelitos del coño y con los dedos le acariciaba los labios vaginales con suavidad.

Mi hembra, entonces, se ponía a gemir loca de gusto, mientras yo le decía lo buenisima que estaba y le volvía a echar un montón de piropos a su maravilloso coño.

El último paso consistía, como podéis imaginar, en quitarles con todo cariño a nuestras hermosas mujeres, las pequeñas braguitas que, a esas alturas, estaban ya pero que muy empapadas.

Se las cogíamos con nuestra manos por las caderas, y esperábamos que nuestras señoronas levantaran el pompi y las piernas para arriba y cuando estaban en esa postura tan erótica con todo por alto, se las sacábamos por entre los muslos y por las medias que les cubrían las piernas.

Por fin, se las quitábamos por los pies y las tirábamos por alto haciendo que pegaran en el techo del dormitorio. De esta manera las dejábamos con las partes más íntima de sus cuerpos al descubierto.

Las dos jamonas estaban encatadas de estar tan espléndidas con sus maravillosos chochos peludos al aire.

Para nosotros era una auténtica gozada acercarnos nuestras manos y agarrarles una y otra vez aquellas preciosas matas de pelos rizados con sus húmedas rajitas carnosas en su interior.

Ellas, entre tanto, se reían locas de contenta, y mientras se abrían de piernas y movían sus chochitos de izquierda a derecha, daban pequeños empellones con sus pubis hacia arriba para que nosotros jugueteáramos con sus sexos.

Enseguida, con aquellos meneos, el dormitorio se inundaba con el penetrante e inconfundible olor que desprendían sus chochazos mojados de señoronas maduras en celo, y más todavía teniéndolos así, totalmente al descubierto, en pelota picada y con los labios y la vulva muy muy brillantes por los abundantes líquidos que sus vaginas estaban soltando.

Ellas entonces se quitaban los tacones y se bajaban lentamente las medias sacandoselas por los pies. Entonces, sus preciosas piernas quedaban también al descubierto. Blancas, desnudas, macizas y perfectamente depiladas aparecían ante nuestros ojos para que disfrutáramos viendoselas.

También nos enseñaban, por primera vez, sus regordetes pies. Los llevaban con los dedos de las uñas, igual que los de las manos, pintados de color rojo chillón para que parecieran lo más excitantes posible.

El ambiente del dormitorio en esos momentos se podía cortar de espeso que estaba. Todo el cuarto olía a sexo, a deseo, a ganas de follar.

Ahora sí que nuestras preciosas marujonas estaban totalmente en pelota picada delante de nuestros ojos, completamente en bolas, como sus mamas las habían traído al mundo hacia ya algunos añitos, aunque para nuestra alegría, muchísimo más crecidas y,

evidentemente, muchísimo muchísimo más macizotas y buenorras.

Que riquísima estaban las dos con las patas por alto y con todos sus encantos al aire, y que contentos estábamos nosotros al saber que, como cada tarde que nos reuníamos, acabaríamos refocilando con ellas hasta más no poder.

Las ganas de sexo que nos entraban a los cuatro en esos momentos eran imposible de parar, pues a esas alturas nosotros ya nos habíamos ido desnudando del todo y estábamos los dos de rodillas en la cama, totalmente en pelotas y con nuestros miembros muy muy empalmados, empinados hacia arriba y apuntado con todo descaro hacia ellas.

Todos deseábamos enrollarnos lo antes posible, así que volvíamos a abrazarnos, a besarnos y a revolcarnos por la cama, ahora ya, totalmente despelotados y con nuestro miembros y testículos apretados y, malamente encajados, entre las barrigas y los muslos de nuestras marujonas.

Además, las estábamos manchando con los líquidos preseminales que en abundancia nos salían por la punta del glande.

Yo a Charo, la chupeteaba y besaba por todas partes de su cuerpazo.

La rubia, de vez en cuando se quejaba diciéndome que no le dejara marcas, que luego su marido se las iba ver y podría tener problemas, pero la verdad era que yo en esos momentos estaba en la gloria, medio loco de gusto por ella. La tenía entre mis brazos y entre mis piernas y la apretaba con fuerza disfrutando de sus muchas carnes como un enano, y sin hacer demasiado caso a lo que me decía.

En ese momento quería besarla, chuparla, lamerla, meterle las manos por la raja del culo para tocarle el ojete o el chocho. También quería restregarle la polla por cualquier parte de su espléndido cuerpazo para disfrutar con el roce de su piel en mi glande. Toda ella era una auténtica gozada. La mirara por donde la mirara aquella señora estaba buenísima y a mi cada vez me entraban más y más ganas de follar con ella.

Cuando estábamos todos así, con las gachises bien calientes, las dos solían bajarse de la cama para ponerse los tacones. Nos decían que con ellos estaban más sexy porque se les levantaban las nalgas y se le notaban más sus muchísimas curvas. Era verdad que estaban para comerselas con ellos puestos, pero sin ellos, también.

Tanto a Juan como a mi, nos encantaba entonces ponerlas a cuatro patas encima de la cama enseñándonos el culo. Luego, nos colocábamos detrás de ellas, les separábamos los cachetes del culo con las manos y nos dedicábamos durante un buen rato a meter la boca entre sus nalgas y a comerles el coño por fuera y por dentro para dejarlas bien lubricadas.

Nos hartábamos de chuparles y lamerle los pelos del coño, el clitorís y los labios vaginales, y de cuando en cuando le metíamos la lengua dentro de la vagina para lamerselas por dentro. Tenían unos coños buenísimos.

Después nos incorporábamos y les pegábamos a las culonas nuestros pubis por detrás. Los dos teníamos nuestros miembros muy empalmados y los testículos llenos de leche y muy hinchados, así que se los restregábamos por las fofas carnes de sus nalgas, se los encajábamos en la raja del culo y se los apretábamos por la parte de

atrás de sus rollizos muslos. Enseguida, tanto Charo como Queti, cuando sentían nuestros rabos pegados a sus culazos se ponían a menearlos haciendo unos maravillosos movimientos circulares con ellos para darnos la máxima cantidad de placer posibles. Las dos querían que supiéramos que ellas también estaban bien calientes, como auténticas perras en celo y con muchísimas ganas de ser penetradas.

Enseguida separaban sus piernas, se inclinaban hacia adelante y ponían sus traseros todo lo en pompa que podían levantado muchísimo las nalgas y enseñado sus pubis entre los muslos. De esa manera nos ofrecían perfectamente sus magníficos sexos.

Lo siguiente que hacían era meterse las manos entre los mulos y separarse los labios vaginales con los dedos dejando al descubierto las sonrosadas vulvas.

Nosotros aprovechábamos la ocasión para agarrarlas por las caderas y meterles suavemente dentro de la vagina la punta de nuestros descapullados glandes para acariciarles los labios vaginales.

Lo hacíamos lentamente, con mucha suavidad, presionándoles el clítoris y continuando una y otra vez de arriba abajo.

¡ Que gustazo nos dábamos ! las tías tenían unos coños deliciosos. Cuando llevábamos un rato haciéndoles eso, las macizas se derretían de lo calentorras que las poníamos y se morían de ganas de que las penetráramos habiéndose hecho claramente a la idea de lo que a nuestras empalmadas pollas les gustaban sus lindos chochitos peludos.

La mía, cuando estaba al máximo de caliente, volvía la cabeza con mucha coquetería y se ponía a hacerme morritos y a lanzarme besos, luego con voz mimosa, me pedía que le hiciera el amor, que se la metiera bien dentro, que se moría de ganas de hacerlo, y que no podía aguantar ni un minuto más.

Queti, que era bastante menos sutil y muchísimo más guarrona que Charo, le decía a Juan auténticas obscenidades, como que estaba como una auténtica guarra deseando que su macho se la follara, que quería que se la metiera hasta los huevos, que le destrozara el coño a base de e pollazos y alguna que otra lindeza por el estilo.

Nosotros no podíamos defraudar a nuestras chochonas, así que sin perder más tiempo, les metíamos todo el tallo de nuestros godisimos rabos dentro de sus vaginas, hasta que nuestros testículos chocaban con sus chorreantes labios.

Yo, concretamente, seguía empujando hasta que, mirando hacia abajo, veía y sentía como los pelos de mi polla y mi pubis se aplastaban y mezclaban con los pelos del coño de mi Charo. Entonces, la cogía con fuerza, le pasaba los brazos por debajo de la cintura y metiéndole mi pubis debajo del suyo, la agarraba por la barriga y me la pegaba muchísimo a la polla. Cuando mi preciosa rubia comprendía lo que le quería hacer, se ponía como podía medio en cuclillas, en la cama y con sus manos se separaba las molas del culo para que la penetración fuese lo más profunda posible.

El placer que me daban las paredes de su vagina en la piel de mi polla era enorme. También sentía un suave frescor en toda la entrepierna provocado por los abundantes flujos que salían de su raja y que nos empapaban y refrescaban a los dos.

A continuacion haciamos unos cuantos movimientos circulares con nuestros sexos para comprobar que estabamos bien acoplados y ademas porque queriamos darnos gusto. Yo entonces apretaba con todas mis fuerzas mi pubis hacia arriba para que mi polla penetrara en lo mas profundo de la vagina de ella llegando lo más profundamente posible. Charo entonces gemia y jadeaba con fuerza, encantada de sentir mi miembro empalmado al máximo y con todas las venas hinchadisimas, perfectamente encajado en lo más profundo de su vulva.

En ese momento, mi rubia, ya sin ningun tipo de pudor, empezaba a decirme lo bien que estaba, lo grande que tenia la polla, lo muchisimo que le gustaba tenerla metida en su chochito y el gustazo que le estaba dando.

Estando en esa postura, Charo no hacia más que retorcer su cuerpo como una gata en celo restregandome una y otra vez las fofas molas de carne de su culazo por la entrepierna.

Después, metia una de sus manos entre nuestras piernas, me agarraba los testículos y se ponía a masajearmelos y a acariciarmelos con la punta de sus dedos.

La rubia me preguntaba si estaba a gusto con lo que me hacia y si me gustaba su cuerpo y su chocho, todo ello, como ya he dicho, sin dejar de menear su enorme culazo entre mis piernas como una autentica fulana.

Además la tía echaba la cabeza hacía atrás, la encajaba en mi cuello, sacaba la lengua y me pedía que la besara.

A mi me faltaba tiempo para obecerla, así que me ponía rapidamente a chuparsela y a acariciarle detenidamente la barriga y las tetas. Después bajaba mi mano hacia abajo y le frotaba los labios del coño y el clítoris mientras la seguía teniendo perfectamente empalada con mi polla.

Charo seguía retorciendose de placer con mi miembro cada vez mas apalancado dentro de su chocho. Al hacerlo, la gachi me seguía dando un maravilloso masaje, con los musculos de la vagina, por toda la polla.

¡¡¡ Menudo gustazo nos dabamos !!!

Al rato de estar así, la rubia volvía a ponerse a cuatro patas sobre la cama. Me decía que quería buscar una postura más cómoda para que me la pudiera follar mejor.

Enseguida me inclinaba sobre ella, la agarraba por las tetas para pellizcarle los pezones y, poniendome en cuclillas sobre su grupa, me ponía a restregarle el rabo por la raja de la vulva.

Cuando notaba que estaba loca de gusto, la agarraba por las caderas y se la metía de golpe.

Enseguida empezaba a cabalgarla metiendosela y sacandosela con fuerza en el coño hasta los mismisimos cojones.

¡ Joder, que chocho mas buenisimo tenia la jamona !

Lo tenía suave, cálido y mojado hasta más no poder, una autentica delicia.

Charo respondía siempre a mis potentes pollazos jadeando fuertemente y poniendose a menear, loca de gusto, su rollizo culazo para adelante y para atrás haciendo que mi polla le entrara en lo mas profundo de su vagina y que en cada movimiento, sus nalgas y mi pubis se juntaran y apretaran con fuerza. Diossssss.... que

maravilla de mujer. Que bien follaba la tia. Lo hacia de autentico vicio.

Asi era como normalmente soliamos enrollarnos, disfrutando como enanos de aquellos maravillosos momentos de placer que tanto nos agradaban a los dos. Tanto uno como otro estabamos en la gloria fornicando a cuatro patas sobre su cama de matrimonio .

Las dos parejas, prolongabamos la cópula en todas las posturas imaginables durante horas y horas y ninguno de nosotros veia nunca el momento adecuado para separar nuestros sexos y nuestras bocas.

Los pollazos que les pegabamos a nuestras hembras cuando las abriamos de piernas y nos poniamos sobre ellas para montarlas al estilo del misionero eran brutales. Ellas se abrazaban a nosotros con sus coños bien abiertos y enseguida nos rodeaban con sus piernas por la cintura mientras echaban sus cabezas hacia atrás y jadeaban con fuerza.

Nosotros también las abrazabamos por las espaldas con todas nuestras fuerzas como para evitar que se nos escaparan, y las penetrabamos con tanta furia, que los sumieres de las camas sonaban sin parar durante rato y rato de la forma mas estruendosa que os podais imaginar.

Era una autentica gozada escuchar aquel ruido acompañando al clasico chop, chop, chop..... de nuestros empapadisimos sexos al juntarse una y otra vez.

Las dos jamonas pesarian lo suyo, y ademas con nosotros encima de ellas y sin dejar de movernos, era un autentico milagro que no destrozamos la cama en alguna de aquellas maravillosas tardes de sexo.

Yo, a veces, me ponía de rodillas, sin sacarsela del coño y ponía los pies de Charo sobre mis hombros. Entonces me dedicaba a besarle, abrazarle y chuparle los muslos, las piernas y los pies. La jamona me agradecia las caricias moviendo el culete y el pubis y haciendo con eso que la follada fuera todavía más deliciosa.

Después volvía a colocarme sobre ella, pero esta vez apoyado sobre las palmas de mi mano. Entonces ella volvía a roderme con sus muslos y piernas por la espalda y continuabamos la cópula.

De cuando en cuando, los dos mirabamos hacia abajo para ver como nuestros sexos se juntaban una y otra vez.

¡ Dios, que maravilla, que gustazo, que buenísima estaba la tia !

Era estupendo ver como el hinchadísimo tallo de mi miembro salía hasta el glande de su preciosa vulva.

Lo tenía perfectamente lubricado por los muchísimos flujos que ella me echaba, y salía acompañado por sus labios vaginales, que como dos celosos guardianes lo rodeaban y absorbían deseando que volviera a entrar y que se quedara bien dentro.

Al rato de estar así, volvía a abrazarla rodeandola con mis brazos por la espalda y me ponía a follarmela con todas mis fuerzas. Le pegaba los pollazos mas bestiales que os podais imaginar.

Charo se ponía también a mover su pubis con toda su fuerza mientras gritaba , jadeando y gimiendo como una autentica guarra y pidiendome a gritos que siguiera así, que no parara, que estaba muy a gusto, y que no quería que dejara de follarmela por nada del mundo.

Al rato de estar haciendolo en esa postura, nos quedabamos los dos

parados aunque con mi miembro bien dentro de su vagina.

Entonces, mientras nos dabamos largisimos besos de lengua y nos poniamos los dos a restregarnos nuestros pubís haciendo unos deliciosos movimientos circulares.

A veces, cuando le apretaba con fuerza el pubis con mi miembro, notaba como mis testiculos se aplastaban contra el ojete de su culo y sentia una deliciosa humedad en los huevos que me hacia sentir escalofrios de autentico gusto.

Asi estabamos los cuatro enganchados durante muchisimo rato, hasta que se acercaba la hora de que sus marido volvieran del trabajo.

El cabreo que cogiamos cuando ellas nos avisaban teniamos que irnos era enorme, asi que los dos agarrabamos a nuestras despelotas marujonas con todas nuestras fuerzas durante un buen rato sin querer dejar de follarlas por nada del mundo.

Por desgracia para nosotros se imponia la razón y a la fuerza teniamos que despedirnos cada uno de nuestra pareja abrazandolas, morreandolas y dandonos la lengua hasta que las rubias nos iban sacando como podian. Primero de la enorme cama de matrimonio, despues del dormitorio y por ultimo de la casa.

Aún asi, era tanto lo que las deseabamos , estabamos tan encoñados con ellas e ibamos tan calientes, que habia veces que en el mismo descansillo del piso seguiamos la orgia.

Como nosotros estabamos todavia a medio vestir y a ellas tan solo les habia dado tiempo de ponerse las zapatillas de tacones y unas cortisimas batitas semitransparentes que tenian para esas ocasiones y que nos dejaban verles perfectamente sus culos y sus chochos, nos daba tiempo a cogerlas bien cogidas por las caderas y asi, de pie, medio cayendonos los cuatro, volviamos a abrazarlas y, levantandoles las batas, se las volviamos a meter bien metidas y, entre gemidos y jadeos de los cuatro, prolongabamos la follada en el descansillo durante un ratito más.

Allí les hechabamos las ultimas escurriduras de leche que nos quedaba en los testiculos y nos corriamos en sus coños por ultima vez.

Aquel último polvo nos sabia a todos a autentica gloria.

Normalmente acababa la orgia teniendo a nuestras marujonas bien cogidas por las nalgas montadas en nuestras caderas.

Ellas se quedaban un momento en esa posición, abrazadas a nosotros, con las piernas bien abiertas y con nuestras pollas, ya morcillonas, colgando debajo de sus culos.

Tenían los chochos muy muy hinchados y bien abiertos y además chorreandoles por los pelos nuestros últimos chigates de leche.

Por suerte, aunque hubo algunas situaciones un tanto dificiles, y más de una vez tuvimos que escondernos, sus maridos nunca nos pillaron, y la verdad es que aquellas tardes de sexo con aquellas dos espléndidas señoronas maduritas fueron una autentica gozada.

-----  
-----